



Prójimos lejanos

Autor:
Miguel Orellana Benado

Ediciones Universidad Diego Portales

Santiago de Chile
Diciembre 2011

Edmundo Moure

Justo Agradecimiento

Decía mi padre que cada vez que leíamos un libro que nos gratificara, debíamos hacer lo posible por agradecerse en persona al autor, asunto pocas veces factible, sobre todo cuando nos habituamos a leer autores desaparecidos hace décadas, o siglos, como ocurriría si me topo con un sorpresivo hallazgo en la lectura de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha –lo que suele suceder con esa novela infinita-, y no tengo a mano al bueno de Don Miguel, para invitarle a una copa laudatoria, sea en Bar Amigo o en el Marabú, y darle las gracias mirándole a los ojos.

Pero no seamos tan literales. Existe el espíritu y la inmortalidad de las palabras necesarias, que se han escrito y pronunciado, desde que el primer trovador o rapsoda

salió de su casa, iluminado de rara excitación, y declamó sus poemas por las rúas de la villa, dando por inaugurada esta extraña pasión de la literatura que nos sorbe el seso y nos transforma en caballeros andantes, montados en un libro, con la pluma por lanza y la ilusión por adarga. Un poeta árabe, recogiendo el viejo aserto de que “nada se crea, nada se destruye, sólo se transforma”, afirmó que las palabras, una vez salidas del alma del escritor, vuelan hasta las estrellas más lejanas y se cobijan en ellas, aguardando la oportunidad para regresar a la Tierra transformadas en luz vivificadora.

Todo este prolegómeno algo encendido para cumplir el propósito de agradecer la lectura de un libro, editado recién en 2011, obra de escritor en joven madurez, nacido apenas en 1955. Me refiero a “Prójimos lejanos”, conjunto de “ensayos de Filosofía en la tradición analítica”, como los define su autor, el inquieto y lúcido académico, Miguel E. Orellana Benado.

Encontré el libro en la Biblioteca del Metro, de la cual soy socio y usuario en gratuidad, conforme a mi condición de “tercerista cronológico”. Aún no concluyo su lectura, pero ya pasé de la página 250. Puedo afirmar que “he sido leído” por sus páginas, fenómeno de compenetración que no ocurre a menudo; mejor dicho cada vez menos, puesto que la ya copiosa experiencia de lector “vicioso” y algo maniático de la buena letra, me hace difícil encontrar nuevas incitaciones de auténtico asombro literario.

Apoyado en la tradición viva del maestro Isaiah Berlin, el autor construye, paso a paso, con buen estilo y prístina claridad argumentativa, estos ensayos de amena reflexión, partiendo del loable propósito de vencer las barreras de la intolerancia humana, por acercar a estos “prójimos lejanos” que seguimos siendo, y cobijarlos dentro del espacio de esa casa idealmente compartida que llamamos “la condición

humana”, única hospitalidad que pudiera alejarnos del terrible anatema de ser “lobos del hombre” y no pares sapientes de la propia especie.

Para Miguel Orellana Benado es posible acceder a un estado de pluralismo activo, donde los seres humanos nos reconozcamos sobre la base del respeto mutuo, en aras de un “entendimiento filosófico, que deje abierta la pregunta acerca de cuáles sean, para propósitos filosóficos, las características del concepto naturaleza humana, o de lo humano, o de la condición humana, o de cuáles sean los *seres humanos en sentido filosófico*”¹.

En estas breves líneas no puedo dar cuenta de las ideas, reflexiones y propuestas que el autor desarrolla a través de la obra. Sólo cabe recomendar, de manera entusiasta, la lectura de este libro, cuyas páginas parecieran expresar ideas de urgente y necesaria *praxis*, a la luz de sabios maestros como Isaiah Berlin, y otros en los que se apoya el autor para articular una obra maciza y motivadora, donde sentimos y justipreciamos ecos de lo que constituye nuestra propia experiencia cultural, a la luz y calor de la palabra recibida de nuestros ancestros, cuando en casa nos daban a conocer a pensadores como Gandhi y Romain Rolland.

Y recuerdo de nuevo aquella triste anécdota, en la sala de clases del colegio Don Bosco, asignatura de Religión, cuando el cura Gutiérrez me respondió, ante insólita pregunta mía acerca de la posible salvación escatológica del Mahatma:

“¡Se condena, sí, Gandhi se condena irremisiblemente por no haber abrazado el único credo verdadero: el católico, apostólico y romano!”.

Por eso, agradezco a Miguel Orellana Benado este libro, según la vieja fórmula protocolar: “En el nombre de mi padre y en el mío propio”, pues si algo rescatamos de

¹ Cita de página 88.

la memoria de nuestro predecesor, más allá del recuerdo vivo de los afectos, fue su incansable propósito de educarnos en el pluralismo consecuente, en un siglo en que la razón humana se vio amenazada de perecer ante la perversa locura homicida de los “prójimos lejanos”.